



## Milagros & Gracias (Vol 1)

Testimonios de la fidelidad de Dios

Autor: [GodMakes.com](http://GodMakes.com)

Relatos de liberación, provisión, transformación y respuestas a la oración.

Publicación: 15/abr/2026

## Introducción

Este libro nace de un lugar sencillo, pero profundamente valioso: la comunión entre hermanos en Cristo que desean conocer más a Dios, profundizar en Su Palabra y vivir una relación cada vez más verdadera con el Señor Jesús.

GodMakes está formado por personas que se reúnen con ese propósito. Más que estudiar la Biblia como un ejercicio intelectual, buscamos meditar en las Escrituras con el corazón abierto, permitiendo que la verdad de Dios transforme nuestra vida, nuestra manera de pensar, nuestras decisiones y nuestro caminar diario. Es un espacio de devocional, aprendizaje, edificación, oración y crecimiento espiritual.

Como fruto de este caminar, el Señor también nos ha permitido ver florecer entre nosotros algo muy hermoso: testimonios. Testimonios de liberación, provisión, sanidad, corrección, consuelo, transformación y respuestas a la oración. Son relatos que no señalan la capacidad humana, sino la fidelidad de Dios. Este libro reúne parte de esas experiencias, registrando lo que el Señor ha hecho en la vida de personas comunes, en situaciones reales, muchas veces en lo secreto, pero siempre con gracia, misericordia y poder.

Además de los devocionales y los testimonios, GodMakes también ha sido un instrumento de apoyo a la obra misionera. Hoy, esto sucede de manera especial por medio del acompañamiento de un frente misionero en Mozambique, con atención dirigida a niños que viven en situación de necesidad, incluyendo apoyo con alimentación básica, educación infantil y acompañamiento local. Todo esto se hace de manera sencilla, responsable y con transparencia, conforme Dios va guiando cada paso.

Nuestro deseo es que este libro no sea solamente una lectura agradable, sino una oportunidad para acercarse a Dios. Que al leer cada capítulo, recuerdes que el Señor sigue vivo, presente y obrando. Él todavía habla, corrige, consuela, responde, sostiene y transforma. Él sigue alcanzando vidas con amor.

También dejamos aquí una invitación sincera. Si lo deseas, camina con nosotros en esta jornada. Sigue los devocionales, visita el sitio web, conoce mejor los testimonios, mira la obra misionera, comparte este material con otras personas y, si Dios toca tu corazón, acércate también a esta obra. Hay espacio para orar con

nosotros, aprender de la Palabra, caminar en comunión y apoyar las misiones conforme a la dirección del Señor.

Que este libro fortalezca tu fe, despierte tu corazón y te acerque aún más a Jesucristo.

# Índice

¡Jesús me llamó!	5
¡El milagro del perrito!	9
Yo estaba quebrada...	14
¡Del Desespero a la Sanidad!	20
Cómo Dios Liberó a Mi Madre de la Adicción al Cigarrillo	26
¡Mi Encuentro Sorprendente con Cristo!	30
Cuando Dios me sacó de mí mismo	37
¡Mi madre necesitaba perdonar!	41
¡Dios me dio un coche!	46

# ¡Jesús me llamó!

**Testimonio:** Lucas

Yo iba saliendo para el trabajo, escuchándolos hablar sobre misericordia, y eso me hizo recordar una experiencia muy fuerte que viví el último sábado. Fue una de esas situaciones en las que Dios no solo habla de un tema, sino que nos hace pasar por él, sentir su peso y, si es necesario, ser corregidos delante de nuestros propios ojos.

Ese día, un amigo mío fue a mi casa. El primo de mi esposa también estaba con nosotros. Salimos a comer a un restaurante que queda enfrente de casa, y mi esposa fue con nosotros. Como suele pasar tantas veces, la conversación entró en temas espirituales. Empezamos a hablar de la Biblia, de lo que Dios dice, del pecado, del camino, de esas cosas que, cuando tocan áreas sensibles, enseguida revelan lo que realmente hay en el corazón de cada uno.



Los dos ya tenían alguna noción de la Palabra, pero muy por encima. Yo ya había hablado con ellos otras veces. Tal vez precisamente por eso, por creer que ya lo había explicado antes, por sentir que seguían sin entender, fui perdiendo la

paciencia. Hoy veo con claridad que, en ese momento, yo ya estaba sin misericordia. Todavía hablaba la verdad, pero ya no la hablaba con amor.

Entonces me irrité.

Hablé con dureza. Señalé con el dedo. Dije que solo estaban diciendo tonterías, que no era así como estaba escrito, que defendían ciertas cosas porque amaban el pecado y querían seguir viviendo de esa manera. En vez de corregir con misericordia, juzgué. En vez de servir de puente, me convertí en piedra de tropiezo. Hice exactamente lo que la Palabra de Dios no me manda hacer.

Enseguida, poco después, eso ya comenzó a incomodarme. Mi esposa me corrigió de inmediato, dijo que no era así, y yo empecé a sentir el peso de mi actitud. Volvimos a casa, y esa mala sensación se quedó conmigo. No era paz. Era la conciencia diciéndome que yo había hablado de Dios de la manera equivocada.

Como una hora después, recibí una llamada en el celular.

Era un número desconocido. Pensé que era spam. Contesté de todos modos. La persona del otro lado me llamó por mi nombre y dijo que llevaban dos años orando por mí, que querían hablar un poco conmigo y hacer una oración. Sonó demasiado extraño. En la mesa estábamos mi esposa, mi amigo y el primo de ella, y como a todos les pareció raro, puse el altavoz para que también lo oyeran. La reacción inicial fue de desconfianza. Parecía una estafa, una broma, cualquier cosa así. Colgaron.

Pero aquello se me quedó dando vueltas.

Volví a llamar. Pregunté el nombre del hombre.

Él respondió:

— Mi nombre es Jesús.

En ese momento hasta me reí.

— ¿En serio? ¿Tu nombre es Jesús?

Dijo que sí. Después me pidió que eligiera un número del uno al diez. Yo todavía estaba desconfiado y dije que no iba a elegir ningún número. Entonces dijo que él elegiría por mí. Eligió. Leyó un versículo. Y fue allí donde Dios me alcanzó de una manera que nunca olvidé.

El versículo escogido era Isaías 58:9, que habla de señalar con el dedo.

En ese momento entendí. Dios me estaba corrigiendo. No de manera genérica, no con una palabra amplia que sirviera para cualquier cosa, sino exactamente sobre lo que yo acababa de hacer en el restaurante. Yo había señalado con el dedo. Me había puesto por encima de ellos. Había hablado la verdad sin el espíritu de la verdad. Y allí, en mi propia casa, con esas mismas personas escuchando, Dios usó a un desconocido para confrontarme por medio de Su Palabra.

Después de eso, aquel hombre todavía oró por mí y colgó.

Lo que quedó fue un silencio lleno de la presencia de Dios.

Eso fue muy fuerte para mí. Porque percibí el cuidado de Dios mostrándose allí de una manera muy clara. Pero no fue solo conmigo. Mis amigos también lo vieron. Para uno de ellos, fue la primera experiencia impactante con Dios. Para el primo de mi esposa, entonces, tuvo un peso todavía mayor, porque él vivía diciendo que Dios no le hablaba, que Dios no lo veía, que nunca había tenido una experiencia real, que seguía pecando porque no veía respuesta del cielo. Y justamente en ese contexto Dios se mostró, corrigiéndome a mí y, al mismo tiempo, revelándose a él.

También estaba allí mi otro amigo, que ya había dicho cosas muy pesadas sobre sí mismo. En algún momento de la conversación en el restaurante, había dicho que moriría en el infierno por ser quien era. Y yo todavía intenté decirle que no era así, que Dios perdona, que el simple hecho de que estuviera allí, sentado a la mesa con nosotros, hablando de Dios, ya era una señal del cuidado del Señor sobre su vida. Pero, como mezclé eso con dureza y falta de misericordia, mis palabras perdieron fuerza. Entonces Dios, en Su bondad, decidió confirmar Él mismo aquello que yo no supe transmitir de la manera correcta.

Una hora después, llegó aquella llamada.

Fue como una santa bofetada para todos nosotros. Dios estaba diciendo: “Sí, yo veo. Sí, me importa. Sí, corrijo. Sí, cuido. Sí, hablo.”

Ese día entendí que yo estaba siendo un fariseo. Creía que, por conocer más la Palabra que ellos, tenía derecho a corregirlos de esa manera. En el fondo, hasta había amor en mí, porque realmente no quería verlos perdidos. Pero era un amor deformado por la impaciencia, la arrogancia y la falta de misericordia. Yo quería

corregir sin recordar primero que yo también soy alguien que necesita ser corregido.

Y Dios, en Su bondad, no dejó pasar eso.

Lo que más me marca de esta historia es que el Señor no solo me mostró mi error. También se encargó de no desperdiciar aquel momento. Usó mi falla para corregirme a mí y, al mismo tiempo, revelarse a los que estaban conmigo. Lo que podría haber terminado simplemente como una comida pesada y un momento incómodo entre amigos se convirtió en una intervención del cielo.

Desde entonces, me quedó muy claro que no basta con conocer la verdad. Es necesario llevar la misericordia junto con ella. Sin amor, incluso la corrección correcta puede volverse equivocada. Sin misericordia, la verdad puede usarse como arma en lugar de remedio. Y eso fue exactamente lo que Dios trató conmigo.

Aquel sábado aprendí que la misericordia no es un detalle menor de la fe. Es parte del carácter mismo de Cristo en nosotros. Y cuando falta misericordia, nuestra boca incluso puede hablar de Dios, pero ya no habla como Dios hablaría.

Por eso nunca más olvidé aquella noche.

Yo creía que estaba corrigiendo a mis amigos. Pero era yo quien necesitaba ser corregido primero.

Y Dios, con una precisión que solo Él tiene, me alcanzó antes de que hiriera aún más a quienes decía amar.

---

**Mira el testimonio:** <https://godmakes.com/s/book-754aa96f-es>

## ¡El milagro del perrito!

**Testimonio:** Mario

Hay experiencias con Dios que el tiempo no borra. No envejecen, no se debilitan, no se vuelven pequeñas con los años. Al contrario: cuanto más pasa el tiempo, más brillan dentro de nosotros como marcas eternas de la bondad del Señor. Y, entre tantas cosas que he vivido con Dios, hay una que permanece viva en mi memoria como si hubiera ocurrido ayer. Fue el primer milagro por el cual recurrí a Dios. Y nunca lo olvidé.



Yo todavía era un recién convertido. Mi corazón apenas comenzaba a conocer los caminos del Señor, mis pasos aún eran sencillos, mi fe todavía estaba dando sus primeros pasos, pero dentro de mí ya había algo que ardía: la certeza de que Dios era real, de que Él oía, de que Él veía, de que Él se preocupaba.

En aquellos días, yo ayudaba en la construcción de la iglesia. Todo era muy sencillo, pero había alegría en el servicio. Fui a la casa de un hermano para buscar un hierro que sería usado en la obra. Era apenas una tarea común, un momento

común, un día común más. Pero Dios, en Su misericordia, suele transformar los días comunes en testimonios eternos.

Cuando llegué a la casa, vi una escena que me atravesó por dentro.

Había allí un perrito. Pequeño, frágil, indefenso. No caminaba normalmente. Solo tenía movimiento en las patas delanteras. Arrastraba su cuerpecito por el suelo, con dificultad, con limitación, con sufrimiento. Y, para aumentar todavía más el dolor de aquella escena, había otro perro que lo maltrataba, lo molestaba, como si la debilidad de aquel animalito lo hiciera aún más vulnerable a la crueldad.

Me detuve. Me quedé mirando. Y aquello me dolió profundamente.

Tal vez, para mucha gente, era solo un perro. Solo un animal. Solo una escena triste entre tantas otras de la vida. Pero, en aquel momento, mi corazón se movió a compasión. No pude simplemente mirar e irme. Había algo dentro de mí que no aceptaba ver a aquel animalito sufrir de esa manera sin al menos clamar al Señor.

Entonces, en silencio, hablé con Dios.

Lo recuerdo como si fuera ahora. Mi corazón habló antes que mis labios. Le dije al Señor algo así: "Padre, cuando un ser humano está en una situación así, todavía puede tener una muleta, una silla de ruedas, algún tipo de ayuda para moverse. Pero este perrito no tiene nada. Solo sufre. Solo se arrastra. Y todavía es maltratado. Señor, si Tú realmente estás conmigo, como dice Tu Palabra, entonces te pido, en el nombre de Tu Hijo Jesucristo: restaura la salud de este perrito. Ten misericordia de él, Padre. Compadécete de él. En el nombre de Jesús."

Fue una oración sencilla. Sin elocuencia. Sin apariencias. Sin ninguna grandeza humana. Era apenas un corazón nuevo delante de un Dios vivo. Era solo compasión transformada en clamor. Era alguien que comenzaba a descubrir que la fe también puede derramarse sobre las cosas que el mundo considera pequeñas.

La dueña de la casa estaba lavando ropa en el lavadero. Me vio allí, por un instante, orando por el perro. Tal vez no entendió bien. Tal vez le pareció extraño. Tal vez simplemente guardó aquello en silencio. Ni siquiera yo, en aquel momento, sabía lo que Dios haría. Solo sabía que había hablado con Él.

Pero horas después — y eso todavía hoy me conmueve — horas después, no fue al día siguiente, no fue una semana después, no fue mucho tiempo después... horas después, aquel perrito estaba caminando normalmente.

Normalmente.

Como si nada hubiera pasado.

Como si Aquel que formó a todo ser viviente lo hubiera tocado con la delicadeza del cielo.

No vi apenas una mejoría. No vi apenas un alivio pasajero. Vi a Dios responder. Vi a Dios actuar. Vi a Dios mostrarle a aquel nuevo convertido que yo era que Él escucha la oración sincera, que no desprecia la compasión y que Su poder no está limitado por lo que los hombres consideran importante.

En la primera reunión de la semana, la dueña de la casa apareció en la iglesia. Lo recuerdo con claridad. Pidió una oportunidad para hablar. Y, delante de todos, contó lo que había ocurrido. Dijo que aquel hombre que había estado en su casa — sin siquiera decir mi nombre — había visto a su perrito arrastrándose, había orado por él, y que pocas horas después el animal ya estaba caminando como si nunca hubiera sufrido aquel mal.

Cuando oí eso, me derrumbé.

Comencé a llorar delante de Dios.

No era orgullo. No era vanidad. No era la sensación de haber hecho algo grandioso. Era exactamente lo contrario. Era el peso santo de darme cuenta de que Dios me había escuchado. De que el Dios eterno, el Dios de los cielos y de la tierra, el Creador de todas las cosas, había inclinado Sus oídos a una oración sencilla nacida de la compasión.

Lloré porque, en aquel momento, entendí profundamente que Dios nos oye.

Él nos oye.

Él nos oye cuando nos compadecemos. Él nos oye cuando intercedemos. Él nos oye cuando no buscamos aparecer, sino simplemente amar. Él nos oye cuando nuestro corazón se mueve por el dolor del otro, ya sea ese otro una persona o incluso un pequeño animal indefenso sufriendo delante de nuestros ojos.

Ese fue el primer milagro que presencié de una manera tan personal en mi caminar con Dios. Y, de cierta forma, fue allí donde mi fe comenzó a aprender a caminar.

Después de eso, algo cambió dentro de mí. No porque empecé a sentirme especial, sino porque empecé a entender, con más convicción, que todo es posible para el que cree. Empecé a ejercitar mi fe con más valentía, más reverencia, más dependencia. La oración dejó de ser solo una enseñanza bonita y se convirtió, para mí, en una realidad viva, poderosa y concreta.

Aquel perrito curado se convirtió, dentro de mi historia, en una marca de la ternura de Dios.

Hay quienes creen que Dios solo se preocupa por grandes eventos, grandes causas, grandes nombres, grandes púlpitos. Pero yo aprendí aquel día que Dios también se revela en las escenas pequeñas, en los patios sencillos, en los encuentros improbables, en los detalles que casi nadie nota. Él se manifiesta donde hay fe. Él se manifiesta donde hay misericordia. Él se manifiesta donde hay un corazón dispuesto a creer.

No me olvido del nombre de aquella mujer: Paula. Tampoco me olvido de la forma en que habló en la iglesia. Tampoco me olvido de lo que sentí. Tampoco me olvido de las lágrimas. Porque, en aquel día, no fue solo un perro el que volvió a caminar.

En aquel día, un nuevo convertido aprendió que su oración llegaba al cielo.

En aquel día, entendí que Dios no está distante.

En aquel día, vi que el Señor sigue siendo un Dios de milagros.

Y desde entonces, cada vez que la vida intenta endurecer mi corazón, cada vez que la rutina intenta enfriar mi fe, cada vez que el cansancio intenta hacerme pensar que estoy orando en vano, regreso a ese momento. Regreso a aquella casa. Regreso a aquel patio. Regreso a aquel perrito arrastrándose. Regreso a aquella oración sencilla. Regreso a aquel culto. Regreso a aquellas lágrimas.

Y recuerdo, una vez más, que Dios oye.

Oye el clamor sincero.

Oye la fe sencilla.

Oye la compasión verdadera.

Oye el corazón quebrantado.

Ese fue el primer milagro que nunca olvidé.

Y quizás nunca lo olvidé porque, en el fondo, no se trataba solo de la sanidad de un animal.

Se trataba del momento en que Dios me mostró, de una manera inolvidable, que Él estaba conmigo.

---

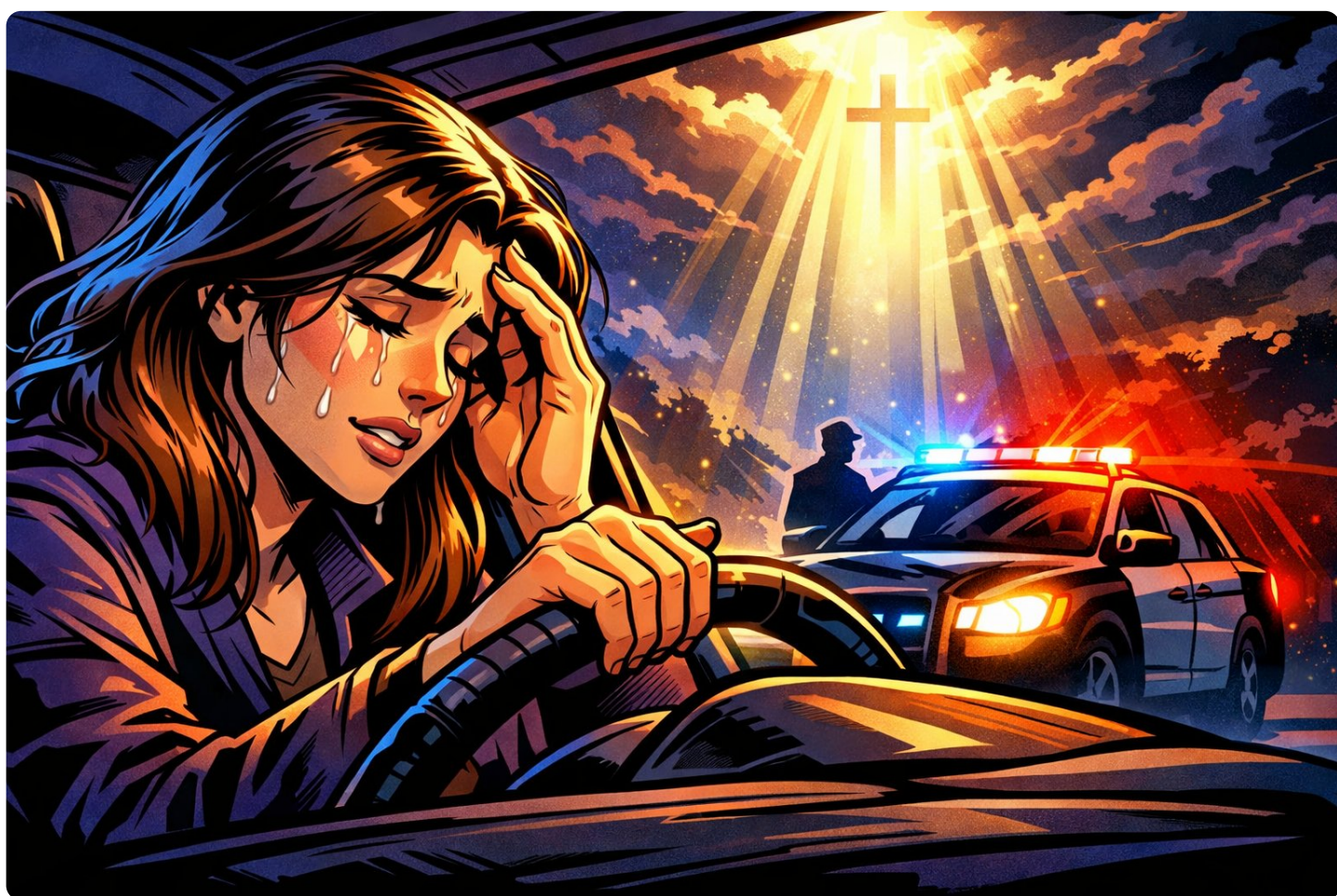
**Mira el testimonio:** <https://godmakes.com/s/book-985ac995-es>

## Yo estaba quebrada...

**Testimonio:** Rute

Hubo un tiempo en que yo conducía llorando.

No era solo un llanto silencioso. Era un llanto mezclado con rebeldía, con preguntas sin respuesta, con un dolor tan profundo que parecía apoderarse de todo. Yo había pasado por un divorcio, y eso me había quebrado por dentro. Mientras sostenía el volante, murmuraba contra Dios, reclamaba, peleaba con Él en mis pensamientos y en mis palabras. Mi corazón estaba herido, y de mi boca salían frases que nacían más de la confusión que de la verdad.



Yo preguntaba por qué el Señor había permitido que eso sucediera.

Decía que, si Él de verdad existía, podría haberme librado de aquella situación. Decía que, si realmente cuidaba de mí, no habría permitido que mi matrimonio llegara a su fin. Yo confiaba en Dios. Creía que mi matrimonio sería para siempre, como el de mis padres. Creía que Él me guardaría, que sostendría mi hogar y que

impediría aquella ruptura. Y cuando todo se derrumbó, fue como si me hubiera sentido traicionada por la propia esperanza.

El dolor me había cegado.

Aquel día yo estaba en ese estado. Llorando, murmurando, desahogándome duramente con Dios, diciendo cosas que hoy sé que no eran verdad. En medio de todo eso, iba conduciendo por las calles, en un lugar donde no había señales tradicionales de alto, solo la palabra “STOP” pintada y señalizada. Y, en medio de mi tormenta interior, seguí de largo.

La policía estaba justo allí.

En cuanto avancé, la patrulla vino detrás de mí. En el coche iba conmigo mi hija. Cuando me di cuenta de que el policía se había detenido detrás de nosotras, sentí el peso de la situación. Yo ya estaba emocionalmente sacudida, y ahora aquello parecía una confirmación más, un problema más, una prueba más de que todo estaba saliendo mal.

Pero fue precisamente allí, en ese momento, cuando le dije algo al Señor.

Todavía tomada por mi arrogancia, por mi dolor y por mi atrevimiento, hablé con Dios de una manera casi desafiante: “¿Lo ve? Entonces, si de verdad me guarda, si de verdad cuida de mí, sáqueme de esta.”

Era una oración torcida.

Un clamor herido.

Una frase atravesada por la rebeldía.

El policía se acercó y me pidió mi licencia de conducir y el documento del coche. Pero, en aquella época, yo todavía no tenía licencia de conducir. La situación era seria. Yo lo sabía. Mientras trataba de sacar los documentos, alguien llamó al policía por la radio. Entonces se apartó, fue hacia la parte trasera de mi coche y se quedó allí hablando por un rato.

Mi corazón se aceleraba.

Yo no sabía qué iba a pasar.

No sabía qué iba a hacer él.

No sabía cómo terminaría aquello.

Hasta que, de repente, golpeó la parte trasera de mi coche, llamó mi atención con firmeza y me gritó que me fuera.

Eso fue todo.

Sin multa.

Sin más preguntas.

Sin llevar adelante una situación que podría haberse vuelto muy complicada para mí.

En aquel instante, todo cambió dentro de mí.

Entendí.

Entendí que Dios estaba allí.

Entendí que Él sí existía.

Entendí que Él me amaba, incluso cuando yo estaba herida, confundida y diciendo cosas injustas sobre Él.

Entendí que el cuidado de Dios no había dejado de existir solo porque mi vida no había salido como yo la soñé.

Allí, dentro de aquel coche, después de haber puesto a Dios a prueba de una manera tan equivocada, fui confrontada por Su misericordia. No por una reprobación visible. No por una condenación. Sino por una liberación tan clara, tan directa y tan inesperada que ya no podía seguir diciendo que Él no cuidaba de mí.

Nunca más dije que Dios no existe.

Nunca más dije que Él no me ama.

Nunca más dije que Él no me cuida.

Muy al contrario.

Después de aquel día, algo quedó firmemente establecido dentro de mí. Empecé a saber, y no solo a imaginar, que Dios cuida de nosotros incluso cuando estamos confundidos. Incluso cuando estamos heridos. Incluso cuando decimos lo que no deberíamos decir. Nuestro dolor puede llevarnos a decir cosas que no

corresponden a la verdad. El sufrimiento puede confundir la fe, oscurecer el pensamiento y hacernos interpretar el silencio de Dios como abandono. Pero el Señor sigue siendo quien Él es, incluso cuando, a causa del dolor, no logramos verlo con claridad.

Eso fue lo que aquel momento me enseñó.

Dios fue bondadoso conmigo.

Misericordioso conmigo.

Paciente conmigo.

Aun en medio de mi ignorancia, de mi rebeldía y de mi tristeza, Él me mostró que seguía teniendo el control. Me mostró que seguía siendo Dios. Me mostró que no me había dejado sola. Y también me mostró que Su amor no depende de la perfección de mi reacción. Si dependiera de eso, yo estaría perdida. Pero la misericordia del Señor sale al encuentro incluso de Sus hijos cuando están desordenados por dentro.

Este testimonio quedó ardiendo en mi corazón.

Ni siquiera sabía exactamente para quién necesitaba contarlo, pero sentía que debía hablar. Porque siempre habrá alguien pasando por un dolor parecido, atravesando una ruptura, una pérdida, una decepción, una confusión tan grande que casi lo lleve a pensar que Dios se olvidó de él. Y no. Dios no se olvida.

Él también está presente en las horas de angustia.

A veces, Su intervención no viene de la manera que esperábamos. A veces, Él no impide el dolor que queríamos evitar. A veces, Él no conserva intacto aquello que soñábamos mantener. Pero, aun así, sigue cuidando. Sigue sosteniendo. Sigue mostrando, de maneras inesperadas, que nuestra alma sigue siendo preciosa para Él.

Eso fue lo que me sucedió a mí.

Yo estaba quebrada, pero Dios no me abandonó.

Yo estaba rebelde, pero Dios no me rechazó.

Yo estaba confundida, pero Dios no dejó de ser Padre.

En aquella liberación, simple para algunos y gigantesca para mí, el Señor respondió no solo a una situación en el camino. Respondió a mi alma. Fue como si dijera: “Yo todavía estoy aquí. Yo todavía cuido de ti. No entiendes todo ahora, pero no he dejado de ser Dios en tu vida.”

Y esa certeza cambió algo dentro de mí.

Desde entonces, he aprendido que no toda crisis es prueba de la ausencia de Dios. Muchas veces, es precisamente en medio de la crisis cuando Él se revela con mayor ternura. No para satisfacer nuestra rebeldía, sino para traernos de vuelta a la verdad. No para estar de acuerdo con nuestra revuelta, sino para mostrar que sigue siendo Padre. Un Padre real, santo, amoroso y presente.

Hoy, cuando miro hacia atrás, no veo solo a una mujer llorando al volante. Veo a una hija siendo alcanzada por la misericordia de Dios en medio de su peor confusión. Veo un corazón herido siendo visitado por la bondad divina. Veo una liberación que fue mucho más que escapar de una multa o de una complicación legal. Fue un hito, un punto de cambio, uno de esos momentos en que el cielo toca la tierra en medio de un día común y nos recuerda que el amor de Dios sigue firme.

Ese amor permanece cuando todo va bien y también cuando todo se derrumba. Permanece cuando la fe está fuerte y también cuando estamos luchando por no perderla. Dios no deja de ser Dios porque estemos heridos, confundidos o cansados. Su cuidado no desaparece solo porque el dolor intente convencernos de lo contrario.

Si alguien lee estas palabras con el corazón apretado, sintiéndose olvidado, frustrado o abandonado, quisiera decirle con toda sinceridad: tenga cuidado con las conclusiones que el dolor intenta imponer. El dolor no siempre dice la verdad. La desesperación distorsiona. La confusión lo mezcla todo. Pero Dios sigue presente, y Su cuidado puede manifestarse precisamente cuando menos lo esperas.

Yo lo viví. Y por eso ya no levanto la bandera de la duda. Hoy levanto la bandera de la honra y de la gloria al Señor Jesús, porque Él es Dios, Él cuida, Él responde y sigue presente en las horas de angustia. Incluso cuando yo estaba quebrada, Él no me abandonó.

---

**Mira el testimonio:** <https://godmakes.com/s/book-e9383570-es>

## ¡Del Desespero a la Sanidad!

**Testimonio:** Jurandir

Hay dolores que llegan despacio, como una sombra que se va extendiendo sin pedir permiso. Al principio, uno cree que van a pasar. Después, se da cuenta de que no pasaron. Entonces intenta entender, busca ayuda, se hace exámenes, gasta dinero, se desgasta por dentro y por fuera. Y cuando nada funciona, no es solo el cuerpo lo que empieza a doler. El alma también empieza a cansarse.



Así fue como todo comenzó para mí.

Veía a mi hija sufriendo al otro lado del mundo, en Australia, y eso me partía por dentro de una manera que solo un padre puede entender. No era solamente una mala noticia. No era simplemente otro problema de salud. Era mi hija llorando de dolor, enfrentando una lucha que ningún médico lograba resolver. Era el desgaste de los exámenes, el peso de los gastos, la frustración de buscar respuestas y no encontrarlas. Era la sensación de hacer todo lo posible y, aun así, seguir con las manos vacías.

Hay un tipo de impotencia que duele más que cualquier diagnóstico. Es cuando la persona que amamos sufre, y nosotros no podemos tomar ese dolor sobre nosotros.

Yo escuchaba el cansancio en su voz. También oía algo más allá del dolor físico: oía el desánimo, el desgaste, el límite de alguien que ya no sabía adónde correr. Y fue en ese momento cuando nació dentro de mí una certeza. Yo no tenía la cura en mis manos. No tenía una respuesta médica. No podía cruzar el océano y arrancarla de aquella aflicción con la fuerza de mis brazos. Pero sí podía señalarle a Aquel que sigue siendo el Médico de médicos.

Entonces le dije lo que ardía en mi corazón: yo podía hacer una campaña de oración con ella.

Pero no sería algo superficial. No sería una religiosidad apresurada. No sería un gesto simbólico para aliviar la conciencia. Yo sabía que, cuando el dolor aprieta de verdad, el alma necesita ponerse delante de Dios con sinceridad. Sí, yo quería ayudarla, pero también quería que ella misma entrara en esa búsqueda. Quería que doblara las rodillas. Quería que apartara tiempo. Quería que se sumergiera en la presencia de Dios y buscara, con toda la sinceridad del corazón, el milagro que necesitaba.

Porque hay momentos en los que entendemos que no podemos ofrecerle a Dios algo que no nos cueste nada.

Le hablé de la oración. De la lectura de la Palabra. De apartar un tiempo santo en medio de la prisa. De la adoración. De la consagración. De convertir ese dolor en un altar de búsqueda. Yo aquí en Brasil. Ella allá en Australia. Lejos en la geografía, pero unidos en el espíritu. Dos corazones vueltos hacia el mismo trono. Dos rodillas, en continentes diferentes, doblándose delante del mismo Dios.

Y comenzamos.

Durante un mes, aquella campaña dejó de ser una idea y se convirtió en un camino. No era solamente pedir sanidad. Era volver el corazón a Dios. Era abrir espacio, en medio de la aflicción, para oír Su voz. Era elegir no hundirse en el miedo. Era decidir que el dolor no tendría la última palabra.

Mientras pasaban los días, también reflexionaba sobre algo que muchas veces olvidamos: hay personas que quieren el milagro, pero no quieren la cercanía. Quieren la respuesta, pero no la presencia. Quieren el alivio, pero no el altar. Como si Dios fuera solo un socorro para emergencias y no el Señor de toda la vida.

Pero el dolor, a veces, hace lo que la comodidad no logra hacer.

Nos desacelera.

Nos hace mirar hacia arriba.

Nos obliga a admitir que somos pequeños.

Nos arranca la ilusión de control.

Tal vez por eso algunas heridas se convierten en lugares de encuentro con Dios. No porque Dios se complazca en el sufrimiento, sino porque, en medio del sufrimiento, muchas veces por fin lo escuchamos.

Yo veía a mi hija enfrentando aquella lucha y, al mismo tiempo, percibía que algo más profundo estaba ocurriendo. No era solo una batalla en el cuerpo. Era también un llamado. Un llamado a acercarse más. Un llamado a no vivir distraída. Un llamado a no dejar de lado lo espiritual mientras la vida material ocupa todos los espacios.

¿Cuántas veces hacemos esto sin darnos cuenta? No estamos perdidos en el sentido absoluto de la palabra. No hemos abandonado por completo la fe. Pero nos ocupamos tanto con las cosas de esta vida, con compromisos, cuentas, preocupaciones, planes y rutinas, que el lugar de Dios dentro de nosotros empieza a hacerse estrecho. Y entonces, de repente, algo nos sacude. Alguna situación nos interrumpe. Algún dolor nos obliga a detenernos. Y en esa parada forzada, oímos al cielo llamarnos otra vez.

Así fue como entendí aquella situación.

No como una amenaza. No como un castigo simplista. No como si Dios dijera: "Si no haces esto, todo volverá peor." No. Mi corazón nunca lo leyó de esa manera. Lo que sentí fue otra cosa. Sentí que aquel momento tenía que convertirse en un nuevo comienzo. Que la sanidad, si llegaba, no debía ser solo un punto final para el dolor, sino también el punto de partida de una vida más cercana a Dios.

Y entonces, un día, llegó el mensaje.

Mi hija me escribió diciendo que había sido sanada. Que ya no sentía nada. Que algo había cambiado.

Leí esas palabras y mi corazón se llenó de gratitud. Gratitud profunda. Gratitud de padre. Gratitud de siervo. Gratitud de quien sabe que, cuando los recursos humanos se agotan, Dios sigue siendo Dios. No era solamente la noticia de que el dolor había cesado. Era el testimonio de que el Señor había oído. De que la campaña de oración no había sido en vano. De que las lágrimas no habían caído al suelo sin sentido. De que la oración, una vez más, había tocado el cielo.

Hay noticias que nos hacen sonreír.

Otras nos hacen llorar.

Y hay esas raras noticias que nos hacen hacer ambas cosas al mismo tiempo.

Así fue conmigo.

Pero junto con la alegría vino también una responsabilidad en mi corazón. Yo sabía que no bastaba con celebrar el milagro. Era necesario alimentar la relación. Era necesario continuar. Era necesario fortalecer el espíritu. Entonces le dije que siguiera buscando. Que siguiera leyendo la Palabra. Que se llenara de las cosas de Dios. Que se alimentara espiritualmente. Que no tratara aquel milagro solo como un problema resuelto, sino como una puerta abierta hacia una caminata más íntima con el Señor.

Porque la sanidad del cuerpo es preciosa.

Pero la sanidad del alma es todavía más profunda.

El dolor puede pasar, y eso es maravilloso. Pero hay algo mayor que salir de una crisis: salir de ella más cerca de Dios.

Me puse a pensar en cuánto nos parecemos a hijos adultos que aman a su padre, pero que, en medio de la prisa de la vida, dejan de visitarlo. No es que hayan dejado de ser hijos. No es que el padre haya dejado de amarlos. Pero la comunión se debilita. El contacto disminuye. La intimidad se enfría. Hasta que un día alguna necesidad, alguna nostalgia o algún dolor hace que ese hijo vuelva a llamar, vuelva a tocar la puerta, vuelva a sentarse cerca.

Con Dios, a veces, nos pasa así.

Él sigue siendo Padre.

Nosotros seguimos siendo hijos.

Pero ¿cuántas veces nos distraemos tanto que casi olvidamos el camino de regreso?

Por eso, ese testimonio me marcó tan profundamente. No fue solo una historia de sanidad. Fue una historia de regreso. Fue una historia de intercesión. Fue la historia de una hija sufriendo, de un padre orientando, de dos corazones levantándose en oración y de un Dios misericordioso respondiendo en el tiempo correcto.

Y también fue un recordatorio para mí.

Un recordatorio de que la oración del justo realmente puede mucho en sus efectos. Un recordatorio de que Dios sigue escuchando. Un recordatorio de que una campaña de oración no debe ser un acto solitario cuando la otra persona puede ser traída al proceso. No basta con orar por alguien a la distancia y dejarlo pasivo, como si la vida espiritual pudiera tercerizarse. Hay momentos en que quien necesita el milagro también necesita entrar en el cuarto, cerrar la puerta, abrir la Biblia, doblar las rodillas y decir: “Señor, aquí estoy.”

Eso fue lo que ocurrió con nosotros.

Del desespero a la sanidad, hubo un camino.

Un camino de lágrimas.

Un camino de rendición.

Un camino de búsqueda.

Un camino de Palabra, de oración y de consagración.

Y al final de él, encontramos más que alivio. Encontramos respuesta. Encontramos gracia. Encontramos el toque invisible, pero real, del Dios que nunca abandonó a Sus hijos.

Hoy, cuando me acuerdo de todo esto, no veo solamente una enfermedad que pasó. Veo una mesa volteada dentro del alma. Veo a Dios llamándonos más cerca.

Veo al cielo transformando la angustia en testimonio. Veo a un Padre amoroso usando incluso los días oscuros para reavivar la llama de la fe.

El desespero parecía el fin.

Pero en las manos de Dios, se convirtió en el comienzo de una sanidad que fue mucho más allá del cuerpo.

---

**Mira el testimonio:** <https://godmakes.com/s/book-db66f8ba-es>

# Cómo Dios Liberó a Mi Madre de la Adicción al Cigarrillo

**Testimonio:** Djeimes

Aquel día, ella no tenía ninguna intención de entrar en una iglesia.

Había ido a la casa de su madre, o a la casa de la abuela de los niños, como tantas veces hacían. En algún momento hubo una invitación para ir al culto, pero ella no quiso ir. El plan era simplemente volver a casa con los hijos, como en cualquier otro día. Entonces salió con ellos, tomó el primer autobús y siguió el camino. Cuando llegaron a la parada donde solían bajarse para tomar el segundo autobús, la lluvia cayó con tanta fuerza que no había manera de quedarse allí esperando. Fue entonces cuando entraron en la iglesia. No por una decisión planificada, no por deseo de participar en el culto, sino para resguardarse de aquella tormenta. Y fue así como Dios comenzó a cambiar la historia de aquella familia.



Más tarde, al recordar el episodio, el hijo percibió un detalle que antes ni siquiera había notado: ellos se bajaban allí precisamente para tomar otro autobús, y fue en ese punto exacto donde la lluvia arreció y los llevó a entrar en la iglesia. Para él,

después quedó claro: Dios mandó la lluvia para hacerlos entrar. A veces Dios detiene la lluvia; otras veces, manda la lluvia. Aquel día, la mandó.

Cuando entraron, era una iglesia en campaña. Había mucha gente allí dentro, y sobre el altar había tantos paquetes de cigarrillos que la escena impresionaba. Parecía que aquella lluvia había empujado a mucha gente hacia aquel lugar. Casi como una caravana inesperada traída por Dios.

Hasta entonces, ella ya había pasado por varias iglesias y denominaciones, como quien va de un lado a otro sin realmente detenerse. Pero aquel día sería diferente. No porque estuviera buscando una respuesta, sino porque Dios estaba saliendo a su encuentro. Y, si para eso era necesario usar la lluvia, entonces Él usaría la lluvia.

Durante el culto, el pastor llamó al frente a todos los que fumaban. Les pidió que llevaran sus paquetes de cigarrillos al altar. Dijo que haría una oración y que, a partir de aquel día, no fumarían más. Ella oyó aquello y no lo creyó. Para ella, parecía imposible. Fumaba desde muy joven, alrededor de los doce años, y ya cargaba aquel vicio desde hacía más de treinta y cinco años, quizá cuarenta. El cigarrillo formaba parte de su vida. Le gustaba. No quería dejarlo. No quería rendirse. Aun así, a su lado había un niño insistiendo. El hijo la tocaba todo el tiempo, pidiéndole que fuera. “Ve, mamá. Ve, mamá.” Ella respondía que no servía de nada, que si pasaba al frente luego saldría de allí y fumaría de todos modos. Pero él no desistía. Era la fe simple e insistente de un niño.

Por fin, alguien al lado reforzó el llamado: ella debía ir, aunque solo fuera por el pedido de su hijo. Entonces decidió ir. No porque creyera plenamente, sino porque ya estaba cansada de resistir. Tomó el paquete y fue hasta el altar.

Había muchos paquetes allí, muchísimos. Casi una montaña. Cuando todos pasaron al frente, el pastor pidió que cerraran los ojos. Ella no quería cerrarlos. Todos los cerraron, menos ella. El pastor insistió. Le mandó que cerrara los ojos y llevara el pensamiento a Dios. Ella cerraba y abría, cerraba y abría, hasta que, después de tanta insistencia, decidió obedecer. Y, en ese instante, algo ocurrió. Se vio sola. Ya no había nadie cerca. Estaba delante de un escenario seco, de matorral quebrado, ramas secas, un montón de cosas reseca. Era ella y aquella sequedad delante de sí. Y, al mismo tiempo, se sentía sola, realmente sola, pero firme allí. Cuando terminó la oración y abrió los ojos, todos seguían en el mismo

lugar. Entonces se asombró: si estaba sola, ¿cómo ahora estaba otra vez allí en medio de todos? No sabía explicarlo, solo sabía lo que había visto.

Después del culto, se sentó y esperó a que pasara la lluvia. Cuando la lluvia paró, salió con los niños y se fue. Pero en el camino discutió con su hijo. Dijo que ahora él cruzaría la calle para comprarle su cigarrillo, porque ella no le había mandado dejar el paquete en el altar. El niño respondió con convicción que ella no fumaría más. Ella replicó, irritada, que sí fumaría, porque él no mandaba sobre ella. Cuando llegaron a la esquina, cerca de la parada del autobús, había un bar, y ella mandó al niño a comprar el cigarrillo. Pero justamente en ese momento el bar estaba cerrado. Entonces pensó para sí misma que no había problema, porque en casa todavía quedaba un paquete.

Al llegar a casa, cuidó de los niños, los bañó, organizó lo que hacía falta, y entonces fue a hacer lo que siempre hacía: tomar café y fumar. Pero, al encender el cigarrillo y dar la primera calada, le vino un mareo tan fuerte que tuvo que parar. Lo tiró y trató de explicarse que el problema debía ser la marca. Al día siguiente volvió a intentarlo. No pudo. Le revolvía el estómago, le quemaba, le daba asco. En el trabajo incluso cambió el cigarrillo con una compañera, pensando que tal vez otra marca resolvería el asunto. Fue peor. Ella quería fumar, pero el cigarrillo ya no la aceptaba. Poco a poco, el placer se convirtió en repulsión. Y así, sin alarde, sin tratamiento, sin ningún esfuerzo humano capaz de explicarlo del todo, nunca más volvió a fumar.

Más tarde, al comentar lo que había sucedido, vino una palabra que ayudó a interpretar todo aquello. Dijeron que Dios le había dado una visión real. Aunque estuviera en medio de muchas personas dentro de la iglesia, Dios la hizo verse sola, porque en aquel momento era ella y Dios. Y aquellas ramas secas representaban aquello que Él estaba quemando en su vida y en la vida de tantas personas que estaban allí: los cigarrillos, el vicio, la dependencia, toda aquella sequedad acumulada. Dios hizo que saliera de allí ya con asco del cigarrillo, aunque sin percibir totalmente lo que estaba pasando. Tanto es así que todavía intentó obligar a su hijo a comprar más, pero la obra ya había comenzado. Cuando Dios quiere hacer algo, lo hace. Y cuando la persona está delante de su necesidad, Dios sabe exactamente qué hacer.

Años después, el hijo todavía se admiraba de detalles que él mismo no sabía. Recordaba la lluvia, recordaba el altar lleno de paquetes de cigarrillos, recordaba haber insistido con fe infantil para que la madre pasara al frente, pero no sabía de toda la lucha que ella todavía sostuvo intentando fumar en los días siguientes. No sabía, por ejemplo, que el asco ya había sido sembrado allí aquella noche. Y al oír todo de nuevo, percibió cuánto Dios había conducido cada detalle desde el principio: la salida de la casa de la abuela, el primer autobús, la parada del segundo autobús, la lluvia, la iglesia, la oración, la visión, el altar, la insistencia del niño, el asco, la liberación. Todo.

Al final, lo que aquel testimonio mostraba era más que la liberación de un vicio. Mostraba la respuesta de Dios a la oración de un hijo. Él pedía que su madre dejara el cigarrillo. Lo pedía porque la amaba. Lo pedía porque sabía, aun siendo pequeño, que aquello le hacía daño. Y Dios lo oyó. Oyó la petición simple, sincera y perseverante de un niño. La madre hasta quería continuar, pero no pudo. La voluntad de ella no prevaleció delante de la voluntad de Dios. Porque, cuando Dios decide liberar, nadie lo puede impedir.

Y así quedó grabado para siempre: aquel día, la lluvia no estorbó el camino. La lluvia fue el camino. Dios mandó la lluvia para hacerlos detenerse en el punto correcto, a la hora correcta, delante de la iglesia correcta. Mandó la lluvia para responder a la oración de un niño. Mandó la lluvia para liberar a una mujer de un vicio de décadas. Mandó la lluvia para probar que Él ama el alma, ve la necesidad y sabe exactamente cómo conducir cada paso.

Y, desde entonces, ella nunca más fumó.

---

**Mira el testimonio:** <https://godmakes.com/s/book-43f070fd-es>

# ¡Mi Encuentro Sorprendente con Cristo!

**Testimonio:** Mario

Hay cosas que solo entendemos muchos años después.

En el momento, las llamamos casualidad, susto, libramiento, coincidencia o una etapa difícil. Seguimos viviendo, tropezando, corriendo, tomando decisiones sin pensar demasiado, intentando disfrutar la vida de la manera que nos parece mejor. Pero llega un momento en que todo empieza a encajar, como piezas que estuvieron esparcidas sobre una mesa durante mucho tiempo. Y entonces nos damos cuenta de que Dios ya estaba allí, mucho antes de que percibiéramos Su presencia.

Cuando miro mi historia, eso es exactamente lo que veo.



Yo no fui un hombre que creciera buscando a Dios con sinceridad. No. Durante muchos años viví a mi manera. Quería disfrutar la vida. Quería seguir mis impulsos, mis deseos, mi propia voluntad. Ya había oído a gente hablarme de Jesús, ya me habían predicado, ya me habían aconsejado, pero todo eso me

entraba por un oído y me salía por el otro. Mi corazón estaba endurecido. No tenía interés. Pensaba que tenía tiempo. Pensaba que podía vivir a mi manera y ya está. Era joven, llevaba poco tiempo casado, y tenía la mentalidad de quien se siente fuerte, dueño de sí mismo, señor de sus propios pasos. Yo no lo sabía, pero una mano de misericordia ya me acompañaba a lo largo de todo el camino.

Un día, sin planear nada correctamente, cuatro amigos y yo decidimos ir a Río de Janeiro para ver el partido entre Brasil y Argentina en el Maracanã. Todo fue por impulso. Ya era cerca del mediodía cuando se nos metió esa idea en la cabeza. Almorzamos, tomé mi coche, metí a los muchachos y nos fuimos. No le avisé a mi esposa. No le avisé a nadie. Simplemente fui.

Hoy, cuando recuerdo eso, veo lo irresponsable que fui. Pero en aquella época, yo llamaba a eso libertad.

Llegamos a Río, vimos el partido, vimos a Brasil vencer a Argentina 2 a 1, y salimos de allí llenos de la emoción del momento. El estadio todavía resonaba dentro de mí. La alegría del partido, la adrenalina del viaje, aquella sensación de juventud e invencibilidad. Pero bastó un instante para que todo cambiara.

En el camino hacia la Playa de Botafogo, había una obra en la calle. Una gran placa de acero cubría un agujero en el asfalto. Un camión pasó delante de mí, movió aquella placa, y yo golpeé justo la punta de ella. El impacto fue fuerte. El eje del coche se dobló. La rueda delantera quedó deformada. El coche casi no podía andar. Yo todavía no lo sabía, pero aquella noche sería mucho más que un problema mecánico. Dios me estaba rodeando de una manera que yo no entendía.

Ya era casi medianoche cuando nos detuvimos. Fuimos a comer algo, tratando de pensar qué hacer. Me comí una hamburguesa. Algo común, simple, sin importancia. Pero poco después, fui golpeado por un dolor que nunca había sentido en mi vida.

Era un cólico terrible. Un dolor violento, de esos que no dejan a la persona ni de pie, ni sentada, ni acostada. No había posición que aliviara. Mi cuerpo se retorció y yo me sentía completamente dominado por el sufrimiento. Buscaba ayuda como un hombre perdido, caminando sin saber bien adónde ir, intentando encontrar a alguien que me socorriera. No era solo un dolor físico. Era como si toda mi autosuficiencia estuviera siendo aplastada en aquella acera.

Terminé en el Hospital Miguel Couto. Pasé la noche allí, siendo medicado, recibiendo suero, tratando de soportarlo. Al mismo tiempo, mi mente estaba atrapada en el coche averiado, en el dinero que no teníamos para la reparación, en el trastorno del viaje y en el miedo de lo que aún vendría. Todo era confusión, dolor, desgaste y preocupación.

Al día siguiente, todavía intentamos resolver lo del coche. La reparación salió cara. El dinero era escaso. Regresamos a São Paulo como pudimos. Mi cuerpo sufría y el coche también sufría sobre el asfalto. El viaje fue largo, arrastrado, doloroso. Parecía que nada cooperaba. Parecía que todo estaba fuera de lugar.

Al día siguiente, fui internado en un hospital de Santo André.

Y fue allí, en una habitación de hospital, donde Dios comenzó a tocarme de una manera silenciosa.

A mi lado había un hombre llamado João. Era evangelista y también estaba internado, esperando una cirugía de vesícula. Durante aquellos días, empezó a hablarme de Jesús. No con arrogancia. No con dureza. No con presión. Hablaba con convicción, con sencillez y con la paz de quien realmente conocía lo que estaba diciendo.

Yo escuchaba.

En aquella habitación no tenía adónde huir. Y tal vez eso era exactamente lo que yo necesitaba: parar. Parar de correr. Parar de inventar distracciones. Parar de creer que el mundo giraba en torno a mis deseos. En aquella habitación, entre medicinas, silencio, dolor y espera, fui escuchando el evangelio.

Durante cuatro días, aquel hombre me habló de Jesús.

El día en que iba a ser operado, antes de salir para la cirugía, me miró y me dijo que quería hacerme un llamado. Me preguntó si quería aceptar al Señor Jesús como mi único y suficiente Salvador. Yo respondí que sí.

Me arrodillé. Él también se arrodilló. Puso su mano sobre mi cabeza y oró. Le pidió a Dios que escribiera mi nombre en el libro de la vida. En aquel instante, acepté a Jesús.

Pero lo que ocurrió después muestra cuán lento puede ser el corazón humano para comprender las cosas de Dios.

Salí del hospital y seguí con mi vida casi de la misma manera. Como si aquella oración hubiera sido solo un momento. Como si aquella decisión no exigiera de mí una entrega verdadera. Yo había dicho sí, pero todavía no había sido quebrantado de verdad. Mi boca se había abierto, pero mi corazón aún necesitaba ser alcanzado en profundidad.

Y entonces el tiempo pasó.

Pasaron veinte años.

Veinte años de altibajos. Veinte años de caídas y recomienzos. Veinte años de luchas, errores, dureza, experiencias, días buenos y días amargos. Veinte años en los que seguí viviendo sin darme cuenta de que Dios nunca había desistido de mí. Tropezaba, me levantaba, seguía adelante, recibía golpes de la vida y también hería a otros con mis malas decisiones. Era una existencia marcada por los excesos, la superficialidad y el vacío, aun cuando por fuera todo pareciera normal.

Pero Dios no me perdió de vista.

Hasta que un día me invitaron a participar en una reunión en una casa. Había una mujer haciendo una campaña de oración por causa de sus hijos, que estaban metidos en las drogas. Era una reunión sencilla, en una casa común, de esas que muchos quizá considerarían demasiado pequeñas para recibir algo grandioso. Pero Dios no depende de la imponente de un lugar para manifestar Su presencia.

Fui.

Cuando llegué, no entré enseguida. Me quedé afuera, cerca de la ventana. Observando. Un poco desconfiado, un poco curioso, sin imaginar que aquel sería el día más importante de mi vida.

La casa estaba llena. Había hermanos reunidos, gente orando, gente buscando a Dios. En cierto momento, una mujer empezó a cantar. Y fue allí donde algo sobrenatural ocurrió delante de mis ojos.

Lo vi.

Vi con mis propios ojos una especie de nube blanca saliendo de los labios de aquella mujer mientras cantaba. Se movía por el ambiente, flotaba en el aire, pasaba entre las personas, como un humo suave y vivo. Yo veía aquella neblina blanca entrando por un lado, saliendo por el otro, circulando entre la gente. No era imaginación. No era solo emoción. Yo lo vi. Y al verlo, empecé a sentir una presencia tan fuerte, tan diferente, tan santa, que algo dentro de mí empezó a rendirse.

Era como si el cielo me estuviera diciendo: “Presta atención. Yo estoy aquí.”

Mi corazón empezó a abrirse, no por la lógica, sino por la realidad de la presencia de Dios. Y poco después vino el golpe final de la gracia.

Cuando la mujer terminó de cantar, el predicador tomó la palabra e hizo un llamado. Pero no era un llamado común. Empezó a hablar de acontecimientos de mi infancia. Cosas que nadie allí conocía. Cosas que yo nunca había contado a aquellas personas. Cosas escondidas en el fondo de mi memoria, guardadas toda la vida.

Dijo que, cuando yo era niño, Dios me había librado de morir ahogado.

En ese mismo instante, la escena volvió completa a mi mente.

Yo tenía unos cuatro años. Detrás de la casa de mi padre había un lago. Estaban rellenando aquel lugar con tierra, y yo, solo, fui hasta la orilla. Empecé a empujar la tierra con los pies, imitando un tractor. Los niños hacen eso: juegan sin medir el peligro. De repente, caí al agua. Me hundí. Recuerdo aquella desesperación infantil, aquella impotencia. Y también recuerdo algo que nunca pude explicar humanamente: fue como si el agua me empujara de vuelta hacia arriba. Como si una fuerza me levantara. Como si una mano invisible me guiara hasta un tronco en la orilla, donde logré agarrarme y salir. Llegué hasta mi madre empapado, llorando, y ella me abrazó conmovida.

Años después, en aquel culto, aquel hombre habló exactamente de ese libramiento.

Después habló de otro episodio. Dijo que, cuando yo tenía siete años, Dios me había librado de morir atropellado.

Y otro recuerdo se abrió dentro de mí.

Yo volvía de la escuela con un compañero, jugando en la acera. En una de esas bromas, él me empujó, y fui lanzado a la calle justo cuando venía un coche a gran velocidad. El conductor logró esquivarme por muy poco. Fue una fracción de segundo entre la vida y la muerte. El susto fue tan grande que me oriné encima. Nunca olvidé aquella escena. Nunca.

Y aquel hombre, en aquella reunión, dijo eso delante de todos.

Ya no quedaba ninguna duda. No había explicación natural que sostuviera lo que estaba ocurriendo. Dios me estaba hablando. Dios estaba rasgando el velo de mi incredulidad. Dios me estaba mostrando que, aun cuando yo vivía lejos, Él ya me había guardado desde la infancia. Yo no era un olvidado. No era un accidente ambulante. Era un hombre alcanzado por misericordias antiguas.

En aquel instante, todo se derrumbó dentro de mí.

El predicador me preguntó si quería aceptar a Jesús. Y allí mismo, todavía afuera, con el corazón ya quebrantado, respondí que ya Lo había aceptado hacía mucho tiempo, pero que no sabía que Él estaba allí de aquella manera, tan real, tan presente, tan vivo.

Cuando dije eso, me invadió un llanto que no venía solo de los ojos. Venía del alma. Un llanto de reconocimiento. Un llanto de rendición. Un llanto de quien finalmente entiende que nunca fue fuerte por sí mismo. Que no controló nada. Que vivió años enteros sostenido por una gracia que nunca mereció.

La gente vino, me tomó del brazo y me llevó adentro. Yo lloraba como un niño. Me abrazaban, oraban por mí, me rodeaban de amor. Pero en aquel momento ya casi no percibía a nadie más. Porque, por encima de todo, yo había percibido la realidad de la presencia de Cristo.

Aquel día entendí que mi encuentro con Jesús no había comenzado en aquel culto. Ni en la habitación del hospital. Ni en mi juventud. Mi encuentro con Jesús venía siendo preparado desde mi infancia. En los libramientos. En los accidentes. En los dolores. En las malas decisiones. En los desvíos. En los sufrimientos. En las misericordias escondidas. En cada vez que escapé de la muerte sin saber por qué. En cada vez que fui preservado aun viviendo sin temor.

Él ya estaba allí.

Yo era quien todavía no lo había entendido.

Hoy, cuando recuerdo esta historia, mi corazón se llena de temor y gratitud. Porque me doy cuenta de que Dios no desistió de mí ni siquiera cuando yo vivía como si no Lo necesitara. Él me vio en el lago. Él me vio en la calle. Él me vio en el coche averiado. Él me vio en el hospital. Él me vio durante esos veinte años de distancia. Y, en el momento justo, me llamó por mi nombre.

Fue un encuentro sorprendente, sí.

Pero para Dios no fue sorpresa alguna.

Era el día que Él ya había señalado desde el principio.

---

**Mira el testimonio:** <https://godmakes.com/s/book-2ce558ac-es>

## Cuando Dios me sacó de mí mismo

**Testimonio:** Samuel

Hubo momentos en mi vida en los que el dolor parecía querer definirme. No solo el dolor del cuerpo, sino también ese dolor silencioso que se infiltra en el alma cuando uno se ve, una vez más, limitado, dependiente y quebrado por dentro. Desde muy joven aprendí a convivir con sufrimientos físicos que volvían de vez en cuando como olas pesadas, arrancándome fuerzas, planes, autonomía y, muchas veces, hasta la dignidad que yo intentaba preservar delante de los demás.



Durante un campamento, en un retiro espiritual, mientras caminaba con dolor, cargando mi mochila e intentando soportar una vez más aquello que parecía demasiado viejo para seguir persiguiéndome, sentí que mi corazón se partía delante de Dios. Mis pies ardían. Cada paso era un recordatorio de los últimos años de fascitis plantar, de la limitación, de la debilidad y de la humillación de necesitar que alguien volviera a ayudarme. Y no era orgullo. Era cansancio. Era el peso de toda una historia marcada por momentos en los que mi cuerpo fallaba y yo me veía, otra vez, dependiente de la mano de alguien.

Allí, en silencio y entre lágrimas, hablé con Dios como quien ya no puede esconder nada. Pregunté por qué. Pregunté por qué aquello volvía. Pregunté por qué tenía que pasar por ese tipo de dolor otra vez. Pregunté por qué, a lo largo de mi vida, tantas veces tuve que ser reducido a la condición de alguien que no consigue seguir solo. Y en medio de aquella angustia, Dios me respondió de una manera simple, pero lo suficientemente profunda como para atravesar mi alma: yo necesitaba entregarle mi dolor. Necesitaba dejar de mirarme tanto a mí mismo.

Esa respuesta no vino como una teoría bonita. Vino como confrontación. Porque la verdad es que, durante mucho tiempo, intenté vencer la vida con mis propios brazos. Y, de forma irónica, fueron justamente mis brazos, durante tantos años, una de las regiones más marcadas por el dolor. Intenté resistir, controlar, demostrar, compensar, superar y construir sentido con la fuerza de mi propia voluntad. Pero Dios me estaba mostrando, una vez más, que no se trataba de mi fuerza. Nunca se trató de eso.

Entonces recordé una de las etapas más difíciles de mi vida. Yo vivía en Estados Unidos, había alcanzado el trabajo con el que soñaba y, sin embargo, detrás de todo aquello, me estaba destruyendo en silencio. Decía que sí a todo. Asumía demasiadas responsabilidades. Vivía para corresponder. Trabajaba más allá de mi límite. Poco a poco me fui alejando de aquello que realmente sostiene a un hombre: la presencia de Dios en el centro de todo. Cuando los dolores vinieron con fuerza, no hubo diploma, cargo, plan ni esfuerzo mental que pudiera salvarme. Escuché a médicos decir que ya no mejoraría. Volví a Brasil herido, abatido, tratando de encontrar alguna forma de seguir existiendo con propósito.

Fue en ese desierto donde nació en mí una idea casi desesperada: si yo ya no podía vivir solamente para sobrevivir a mi dolor, entonces necesitaba transformar todo aquello en algo que pudiera servirle a alguien. Pensé en desafíos, campañas, recaudación de recursos, en hacer de mi limitación un altar del que pudiera nacer alguna utilidad. Y fue en ese proceso donde Dios comenzó a mover algo mucho mayor de lo que yo podía imaginar.

Mi esposa, con la valentía silenciosa de quienes aman de verdad, entró conmigo en esa locura santa. Mientras yo cargaba limitaciones físicas y un alma todavía confundida, ella también cargaba un embarazo, una casa, una familia y, aun así,

decidió caminar a mi lado. Juntos empezamos a dar forma a lo que más tarde se convertiría en el Clique da Esperança.

Lo que comenzó como un intento de ayudar a una familia se transformó en un río de compasión que alcanzó a muchas otras. Familias heridas. Niños enfermos. Madres sin fuerzas. Historias que clamaban por socorro. Y fue justamente allí, en medio del dolor ajeno, donde algo empezó a suceder dentro de mí. Cuanto más miraba a quienes sufrían, menos era consumido por mi propio sufrimiento. Cuanto más extendía la mano, más Dios sanaba en mí aquello que ningún médico había logrado tocar.

Fue una de las mayores paradojas de mi vida: yo seguía sufriendo, pero ya no estaba preso de mi dolor. Mi cuerpo seguía cargando limitaciones, pero mi alma comenzó a respirar libertad. Había días difíciles, había crisis, tratamientos y cansancio. Pero también había algo nuevo: sentido. Y el sentido cura cosas a las que ningún medicamento llega.

Hoy entiendo con más claridad que Dios nunca desperdició una sola lágrima que derramé. Ninguna crisis. Ninguna madrugada de angustia. Ningún momento en el que me sentí pequeño, disminuido o incapaz. Él me estaba enseñando que el sufrimiento, cuando se pone en las manos correctas, deja de ser prisión y pasa a ser instrumento. El dolor puede hundirnos en nosotros mismos, pero también puede quebrarnos lo suficiente como para que la compasión de Dios desborde a través de nosotros.

En aquel campamento, cuando Dios habló a mi corazón y me dijo que “no se trataba de mí”, Él no estaba anulando mi dolor. Me estaba liberando de él. Me estaba mostrando que, mientras yo siguiera girando alrededor de mis heridas, permanecería preso en mí mismo. Pero cuando mirara hacia lo alto y luego hacia el lado, hacia el prójimo, hacia el necesitado, hacia quien necesita amor, cuidado y socorro, entonces comenzaría a entender el verdadero propósito de todo.

Así fue como mis pies dejaron de ser solo pies heridos. Se convirtieron en un recordatorio de que, incluso cojeando, todavía podía caminar hacia el propósito. Así fue como mis brazos dejaron de ser solo un símbolo de limitación. Se convirtieron en memoria viva de que Dios no depende de la fuerza humana para

realizar Su obra. Así fue como mi historia dejó de ser apenas una colección de sufrimientos para convertirse en testimonio.

Hoy sé que la mayor sanidad que recibí no fue simplemente física. La mayor sanidad fue ser arrancado del centro de mi propia vida. Fue entender que existe algo más poderoso que preguntar “¿por qué a mí?”: es preguntar “Dios, ¿cómo puede esto servirle a alguien?”. Cuando esa llave giró dentro de mí, todo empezó a cambiar.

Todavía existen dolores. Todavía existen luchas. Todavía hay días en los que el cuerpo pesa y el alma necesita recogerse delante del Señor. Pero ahora sé que ninguna de esas cosas tiene la última palabra. Porque el propósito es mayor. Siempre lo fue.

Si mis heridas pudieron abrir caminos de compasión, entonces no fueron en vano. Si mis limitaciones me enseñaron a depender más de Dios, entonces no fueron derrota. Si mi sufrimiento sirvió para hacerme mirar con más amor el dolor ajeno, entonces produjo fruto eterno.

Aprendí, entre lágrimas, pasos dolorosos, crisis antiguas y comienzos improbables, que Dios no solo quiere aliviarme. Él quiere transformarme. Y al transformarme, quiere tocar otras vidas a través de mí.

Por eso hoy, cuando miro hacia atrás, ya no veo solamente al hombre que sufrí. Veo al Dios que lo sostuvo. Veo al Dios que corrigió mi mirada. Veo al Dios que me enseñó que la fe no es ausencia de dolor, sino entrega en medio del dolor. Veo al Dios que me mostró, de una forma tan profunda, que la vida nunca fue sobre mí.

Era, y siempre será, sobre Él. Y sobre lo que Él puede hacer a través de un corazón finalmente rendido.

---

**Mira el testimonio:** <https://godmakes.com/s/book-db0a5518-es>

## ¡Mi madre necesitaba perdonar!

**Testimonio:** Marineide

Durante mucho tiempo, llevé dentro de mí una preocupación que nunca salió de mi corazón: mi madre necesitaba perdonar.

Yo conocía su dolor. Conocía la historia. Conocía las marcas que habían quedado abiertas por causa de lo que vivió con mi padre. No era una herida pequeña. Era de esas cosas que atraviesan los años, entran en la casa, en la memoria, en las conversaciones, y terminan mezclándose con la propia vida. Mi madre era una mujer maravillosa, fuerte, impactante, pero llevaba dentro de sí esa amargura que nunca se fue de verdad.



Muchas veces yo decía:

“Mamá, perdona.”

Yo hablaba de mi padre. Hablaba de la otra mujer. Hablaba de la necesidad de soltar eso. Pero ella siempre reaccionaba con dureza. Era como si ese asunto tocara una parte de su alma que ella no aceptaba abrir. Y, cuanto más pasaba el

tiempo, más entendía yo que el problema no era solo lo que había ocurrido en el pasado, sino lo que ese pasado seguía haciendo dentro de ella en el presente.

La falta de perdón se va convirtiendo en una prisión silenciosa.

Por fuera, la persona sigue viviendo. Habla, camina, trabaja, sonrío en algunos momentos. Pero por dentro existe una cadena que lo aprisiona todo. El alma se va apretando, endureciendo, cansando. Y yo sabía que mi madre cargaba con eso. Yo lo sentía. Eso me entristecía profundamente, porque no se trataba solamente de un conflicto familiar. Se trataba de su alma delante de Dios.

Entonces llegó el día en que todo cambió.

Ella cayó. Se fracturó el fémur. Fue llevada al hospital. Y, en pocos días, la situación se agravó de tal manera que ni siquiera hubo condición de operarla. Cuando percibí la gravedad de lo que estaba ocurriendo, mi corazón entendió que el tiempo se había acortado. Ya no era hora de dejarlo para después. Ya no era hora de esperar una mejor ocasión. Había urgencia en aquel momento.

Fui a visitarla a la UCI.

Ya estaba intubada, sin poder hablar, con el cuerpo frágil, al borde de la eternidad. Pero, aun en ese estado, yo sabía que todavía podía oír. Y también sabía, en lo más profundo de mí, que aquel no era solamente un momento de despedida. Era un momento espiritual. Era un momento de decisión. Era una batalla invisible, pero real.

Me acerqué a ella y comencé a hablar.

Hablé de Jesús.

Hablé del perdón.

Hablé de la necesidad de soltar aquello que había guardado durante tantos años.

Y fue algo impresionante, porque cada vez que yo tocaba ese punto, su cuerpo reaccionaba. Se agitaba. Los aparatos mostraban cambios. Era como si esa palabra moviera justamente el lugar más trabado de su alma. Yo percibía que había una resistencia profunda allí. No era un detalle. No era un asunto pequeño. Era una guerra dentro de ella.

En aquel instante, comprendí aún más claramente que el perdón no es algo superficial.

Perdonar no es decir que no dolió.

No es borrar la memoria.

No es llamar normal a la injusticia.

Perdonar es renunciar a seguir cargando la ofensa como parte de la propia identidad. Y eso, muchas veces, es una de las cosas más difíciles que existen. Hay dolores que casi se vuelven compañía. Hay heridas que la persona alimenta tanto que ya ni siquiera sabe vivir sin ellas.

Pero seguí hablando.

Sostuve su mano. Le pedí que también me perdonara por cualquier cosa en la que yo la hubiera herido. Y cuando sentí la presión de su mano en respuesta, entendí que todavía había comunicación, todavía había entendimiento, todavía había una puerta abierta. Entonces insistí una vez más. Hablé de mi padre. Hablé de aquella mujer. Hablé de la necesidad de perdonar para ser libre. Hablé de Jesús como quien habla del último puente antes del cruce.

Y hubo un momento que quedó marcado para siempre en mí.

Ya me estaban mandando salir. El horario había terminado. Los aparatos se alteraban. Yo me dirigí hacia la salida, pero entonces mi madre llamó mi nombre. En el estado en que ella estaba, escuchar eso fue algo fortísimo. Volví inmediatamente. Tomé su mano otra vez. Le pregunté si quería decir que perdonaba.

Ella apretó mi mano con fuerza.

Lágrimas corrieron de sus ojos.

Y en ese instante lo supe: ella había perdonado.

No hubo un largo discurso.

No hubo un escenario bonito.

No hubo una ceremonia.

Solo hubo una cama de UCI, un alma al límite, una hija insistiendo en amor y la misericordia de Dios visitando aquel cuarto. Lo que ocurrió allí fue un milagro profundo. Tal vez no el milagro que muchos buscan, de revertir el cuadro físico, restaurar los años o prolongar los días. Fue un milagro aún mayor: Dios alcanzó su corazón.

Mi madre fue sanada por dentro.

Su cuerpo ya estaba débil. La vida terrenal estaba llegando a su fin. Pero Dios, en Su bondad, todavía le concedió ese momento. Todavía le dio la oportunidad de soltar el peso. Todavía le abrió el camino de la reconciliación. Y yo creo, con paz en el corazón, que mi madre partió al Señor reconciliada, lavada, alcanzada por la gracia.

Esta experiencia me marcó de una manera que nunca más salió de mí.

Porque entendí que el perdón no es opcional para quien quiere vivir con Dios. El perdón no es un consejo bonito. No es una sugerencia para días fáciles. El perdón es una necesidad espiritual. Hay cosas que solo pueden cruzarse cuando el corazón está libre. Hay cadenas que solo se rompen cuando el alma finalmente entrega a Dios el derecho de juzgar y decide no vivir más prisionera del dolor.

También aprendí que el enemigo lucha hasta el final para mantener el alma presa. Él intenta endurecer.

Intenta confundir.

Intenta alimentar la rebelión.

Intenta impedir que la persona vea la verdad.

Pero la gracia de Dios es mayor.

En aquella cama, vi eso con claridad.

Vi que Jesús todavía salva.

Vi que Jesús todavía libera.

Vi que Jesús todavía sana las áreas más profundas del corazón humano.

Y vi que, aun en los últimos instantes, cuando todo parece estar terminando, Dios todavía puede escribir redención.

Hoy, cuando me acuerdo de mi madre, no pienso solo en el dolor que ella cargó durante tantos años. Pienso también en el alivio que Dios le dio al final. Pienso en aquel apretón de mano. Pienso en las lágrimas. Pienso en aquel momento en que el cielo visitó un cuarto de hospital y transformó una despedida en reconciliación.

Mi madre necesitaba perdonar.

Y, por la misericordia de Dios, perdonó.

Tal vez esta sea una de las mayores lecciones que he recibido: nadie atraviesa bien la última puerta cargando pesos que debería haber soltado antes. El perdón no cambia el pasado, pero cambia la condición del alma delante de él. El perdón no borra la cicatriz, pero le quita el poder de gobernar el corazón.

Por eso, cada vez que este recuerdo vuelve, vuelve como un llamado.

Perdona mientras haya tiempo.

Perdona mientras haya voz.

Perdona mientras el corazón todavía pueda responder.

Perdona, porque el perdón libera a quien lo ofrece.

Perdona, porque Jesús nos perdonó primero.

Perdona, porque hay travesías que solo se hacen con las manos vacías.

Y si hay algo que esta historia dejó grabado en mí, es esto: para llegar en paz al otro lado, muchas veces el camino tiene un nombre simple, duro y santo: perdón.

---

**Mira el testimonio:** <https://godmakes.com/s/book-4b0dc139-es>

# ¡Dios me dio un coche!

**Testimonio:** Mario

Me quedé sin coche de un momento a otro.

No fue por elección. Fue por necesidad. Las cuotas ya no cabían en mi presupuesto, y tuve que hacer un acuerdo con el banco y devolver el coche. Todavía recuerdo la sensación de aquel día. No era solo la pérdida de un bien material. Para mucha gente, un coche es comodidad. Para mí, era una herramienta de trabajo. Yo era técnico de máquinas de coser. ¿Cómo iba a atender a mis clientes? ¿Cómo iba a movilizarme? ¿Cómo iba a seguir trabajando normalmente sin aquello que, en la práctica, sostenía gran parte de mi rutina?



Entonces hice lo que hace un hijo cuando ya no sabe qué hacer: hablé con Dios.

Le dije al Señor que Él conocía mis necesidades. Le dije que Él sabía exactamente lo que yo necesitaba. No era lujo, ni vanidad, ni ambición. Era necesidad. Era la vida práctica golpeando a la puerta, exigiendo una solución. Y yo, sin ver salida, simplemente puse mi aflicción delante de Él.

En ese mismo período, yo ya había compartido con los hermanos algo que había sucedido días antes. Un camionero, bajando por la autopista Imigrantes, necesitaba seguir por otra ruta para tomar la Bandeirantes e ir al interior de São Paulo. Pero se equivocó de camino. Erró la ruta, pasó por el centro de Diadema y terminó justamente frente a mi tienda.

Hoy sé que no fue un error. Fue providencia.

Cuando aquel hombre entró en la tienda, empezó a hablar conmigo de una manera que me impactó profundamente. Dijo que se había perdido, que ni siquiera sabía por qué había ido a parar allí, pero que Dios tenía algo conmigo. Habló en lenguas, lloró y luego me dijo con convicción que el Señor me concedería aquello que yo le estaba pidiendo. Dijo que dentro de pocos días yo recibiría una gran sorpresa.

En ese momento, sentí que aquellas palabras venían de Dios.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Porque el Señor sabía. Sabía de mi necesidad, sabía de mi angustia, sabía del silencio de mis preocupaciones. Yo necesitaba un coche para trabajar, para servir, para seguir adelante. Aquel hombre no conocía la dimensión de mi problema, pero Dios sí.

Aquel mismo día, mi hermano Elinho estaba conmigo en la tienda. Un cliente me llamó pidiéndome que le llevara unos hilos. Yo también vendía hilos y otros materiales. Pero, avergonzado, tuve que responder que no tenía cómo hacer la entrega.

— Señor, discúlpeme, pero hoy no tengo cómo llevárselo.

Cuando me preguntó por qué, respondí con sinceridad:

— Estoy sin coche. Hice un acuerdo con el banco y lo devolví.

Al otro lado de la línea hubo un breve silencio. Solo unos pocos segundos. Entonces vino una respuesta que me dejó sin palabras.

Me dijo que fuera a una agencia de automóviles en una determinada calle y mirara el coche más barato que hubiera allí. Me mandó ver si me servía y luego llamarlo.

Casi no podía creerlo.

Le pregunté si hablaba en serio. Le pregunté si realmente estaba diciendo que me compraría un coche. Y él respondió con una frase que nunca se borró de mi memoria:

— Con Dios no se juega.

Después colgó.

Le conté a Elinho lo que había pasado, pero él, como cualquier persona sensata en esa situación, dudó. Dijo que nadie me compraría un coche así. Dijo que yo me estaba haciendo ilusiones. Y, sinceramente, yo mismo tampoco conseguí creerlo por completo. Tanto que al día siguiente ni siquiera fui a ver ningún coche.

Mi hijo me preguntó:

— Papá, ¿fuiste a ver el coche que el hombre dijo que te iba a comprar?

Y yo respondí que no. Dije que no creía que alguien fuera a hacer eso por mí.

Apenas terminé de hablar, apareció aquel hombre.

Paró el coche frente a la tienda y bajó preguntando por qué no lo había llamado, por qué no había ido a ver el coche. Me dio vergüenza. Dije que no había ido.

Entonces él dijo:

— Vamos ahora.

Y fuimos.

Empezamos a recorrer tiendas de coches. Subimos por la avenida, visitamos agencias, hablamos con vendedores, analizamos opciones. Pero nada resultaba. No cerrábamos trato. El día entero pasó así. El primer día, nada. El segundo día, lo intentamos otra vez. Tampoco lo conseguimos. Él solo podía quedarse hasta el mediodía porque era época del Mundial y Brasil iba a jugar. Aun así, dedicó su tiempo a esa misión como si fuera algo suyo.

Al final de ese segundo día, tuvo una idea:

— Mañana iremos a Ford. Tu coche era un Fiesta, ¿verdad? Vi una promoción. Voy a comprarte un coche cero kilómetro.

Aquello me parecía demasiado grande. Demasiado grande para mí. Demasiado grande para ser real. Pero él estaba decidido. Al tercer día fuimos a la

concesionaria. Nos sentamos, escuchamos la propuesta y parecía que, por fin, todo saldría bien. Pero en el momento final apareció una tasa extra que no estaba prevista. El hombre se indignó. Dijo que, si el precio no era exactamente el de la promoción, no haría el negocio.

Y no lo hizo.

Volvimos otra vez sin coche.

Era ya el final de la tarde cuando llegamos a la tienda. Entonces mi hijo comentó que un hombre había pasado por allí diciendo que tenía un coche en venta en la calle Orense y preguntó si yo no quería ir a verlo. Cuando oí el nombre de la calle, algo se encendió dentro de mí. Era justamente la calle que aquel cliente había mencionado en la primera llamada. La calle que, por alguna razón, no habíamos buscado antes.

Fuimos para allá.

Cuando llegamos, vimos al fondo una Paraty hermosa, bien cuidada, lavada, con los vidrios verdes. Era un coche sencillo, pero muy bueno. La miré y me gustó. Llamamos al dueño. El hombre que me estaba ayudando hizo una propuesta directa: daría un cheque a quince días por el valor de R\$ 1.500 y otros dos cheques de R\$ 1.000 para completar los R\$ 3.500 que pedían.

El vendedor aceptó.

Salí de allí conduciendo ese coche.

Hasta hoy, cuando recuerdo eso, mi corazón se conmueve. Porque Dios no solo abrió una puerta. Él condujo cada detalle. Usó a un camionero perdido para entregar una palabra. Usó a un cliente para convertirse en instrumento de provisión. Usó días de intentos frustrados para llevarme exactamente al coche que ya estaba separado para mí.

Y lo más hermoso de todo vino después.

En los días siguientes, Dios bendijo tanto las ventas de la tienda que yo mismo pude cubrir todos los cheques. El hombre no tuvo que pagar ninguno. Fue usado por Dios como instrumento, como puente, como respuesta. Pero el propio Señor me dio condiciones para asumir aquello que había llegado a mis manos.

Fue un regalo y, al mismo tiempo, una lección.

Porque Dios sabe lo que hace.

A veces, Él no entrega las cosas de la manera en que imaginamos. A veces, parece que el camino se enreda, que las puertas se cierran, que nada sucede. Pero mientras pensamos que estamos dando vueltas en círculos, Dios ya está alineando personas, calles, llamadas telefónicas, retrasos, negativas y encuentros para conducirnos exactamente al lugar correcto.

Aquella experiencia no quedó grabada en mí solo por causa del coche. Quedó porque vi el cuidado de Dios de una manera concreta. Vi que Él conoce la necesidad real de sus hijos. Vi que Él sigue en control cuando todo parece incierto. Vi que mueve personas, circunstancias y tiempos de una manera que nadie podría planear.

Han pasado muchos años desde entonces. Aproximadamente veinticinco. Y hasta hoy no dejo de orar por aquel hombre y por su familia. Cada vez que doblo mis rodillas, me acuerdo de él. Me acuerdo del bien que me hizo. Me acuerdo del instrumento que Dios levantó para bendecirme. Su esposa ya falleció. Uno de sus hijos también. Y yo sigo orando por él. No por obligación, sino por gratitud. Una gratitud sincera, de esas que el tiempo no borra.

Hay bendiciones que recibimos y nunca olvidamos.

Hay gestos que vienen del cielo por medio de manos humanas.

Hay provisiones que no solamente alimentan el cuerpo o resuelven un problema práctico; fortalecen la fe.

Ese coche sí me ayudó a trabajar. Pero más que eso, ese testimonio me enseñó a depender todavía más de Dios. Me enseñó que el Señor cuida de mí con ternura. Que Él sabe que soy sensible, que soy un hombre que llora, que se derrama delante de Él, y que precisamente por eso me trata con una ternura que solo un Padre perfecto podría tener.

Hoy, al mirar hacia atrás, no veo solo a un hombre que perdió un coche y luego consiguió otro. Veo a un hijo siendo recordado por Dios en su necesidad. Veo el cuidado divino entrando por la puerta de una tienda primero en forma de palabra

profética, después en forma de llamada telefónica, luego en forma de insistencia y finalmente en forma de provisión.

Cuando Dios quiere hacer algo, lo hace.

Él sigue por encima de todo. Sigue teniendo el control de todas las cosas. Sigue sabiendo lo que realmente necesitamos. Y sigue llegando en el momento correcto, aunque a nuestros ojos parezca que se está tardando.

Por eso, si este testimonio alcanza a alguien que hoy está afligido, sin saber cómo resolver una necesidad concreta, sin ver salida a un problema que para otros parece simple pero para él es gigantesco, me gustaría dejar este recordatorio: Dios ve. Dios sabe. Dios cuida. Y cuando Él decide actuar, nadie puede impedirselo.

Todo es de Él.

Todo viene de Él.

Todo es para la honra de Él.

Y nunca más me olvidé de eso.

---

**Mira el testimonio:** <https://godmakes.com/s/book-e2280f69-es>

## ¡Participa con nosotros!

Únete al grupo de WhatsApp de GodMakes y visita el sitio para seguir las novedades, los estudios bíblicos de cada capítulo y libro de la Biblia, conocer las misiones que apoyamos, contribuir y también leer nuevos libros.

**Escanea el código QR para entrar al grupo devocional:**



**Enlace del grupo devocional de WhatsApp:**

[http://tiny.cc/devocional\\_es](http://tiny.cc/devocional_es)

**Sitio:** <https://godmakes.com>